

### María

Magdala era una aldea de pescadores, al norte del lago de Galilea. Se alcanzaba desde Jericó, remontando el Jordán cuatro jornadas hacia el norte.

María vivía sola en una casa a las afueras del pueblo. Tapices, alfombras y almohadones de seda decoraban la sala grande, con dos ventanas que se abrían a poniente. En su habitación había una alacena llena de frascos de alabastro que contenían perfumes orientales.

Cuando se acercaba a Magdala a comprar lo que necesitaba, o iba a otros pueblos cercanos, lo hacía totalmente cubierta por un velo negro, pero debajo solía vestir con túnicas de colores vivos, y se adornaba con brazaletes de oropel en muñecas y tobillos. Tenía el pelo largo, ondulado y lucía unos ostentosos pendientes. Pasaba mucho tiempo delante de un pequeño tocador de cedro, mirando su rostro en una superficie de metal pulido y maquillándose con cuidado.

Al atardecer solían verse en las cercanías de su casa cabalgaduras de mercaderes, de funcionarios de la corte de Herodes, e incluso de oficiales romanos.

La vida no era fácil para María. A veces, los muchachos del pueblo iban a lanzar piedras a su casa, y nadie en la aldea la saludaba, al menos abiertamente. Era a los ojos del pueblo una mujer perdida, que estaba apartada de la Ley y rechazada por todos. Sobre todo, por aquellos que iban en secreto a pagar sus favores y eran muy honrados por todo el pueblo. Ella conocía muy bien la doblez del corazón humano. Y era experta en soledad.

El peor sufrimiento era el que le servía el silencio y la soledad. El pasado venía a amargar su corazón y el presente estaba siempre ahí, haciendo que se arrugase su ceño al sentirse insatisfecha y sola. Cuánto le gustaría acabar con esa situación, pero le horrorizaba retornar al dolor y a la rabia que recordaba de su lejana Betania. Con no poca frecuencia debía disimular en público sus lágrimas, entre risas falsas de cascabel. Pero cuando estaba a solas, las derramara abundantemente. No le gustaba el estilo de vida que había alcanzado empujada por los acontecimientos y por sus decisiones, y su vacío se iba haciendo cada vez más grande.

Sí, ciertamente tenía bienes para vivir con holgura. Sí, vivir sola le evitaba responsabilidades molestas. Pero no podía sonreír de verdad, y sentía destrozado su corazón. Ella había nacido para amar con locura, y lo único que había conseguido era una inmensa tristeza que llegaba más allá del tiempo y del horizonte. Por fortuna no había olvidado a

Dios, aunque en los momentos de mayor dolor, el pensamiento de que no merecía perdón enterraba rápidamente cualquier atisbo de retorno.

Un día se enteró, por un mercader que venía de Jerusalén, de la triste noticia del fallecimiento de su padre. En aquel momento no se inmutó. Pero esa noche, enfrentada de nuevo a su propia imagen, no pudo reprimir lágrimas y gemidos de dolor. Cerró y los ojos y vio el rostro de su padre, mirando de frente a la eternidad, pensando en su hija María, ofreciendo a Dios su vida para que su pequeña regresara de la muerte.

Poco tiempo después, en uno de sus viajes al pueblo para comprar alimentos, escuchó a una mujer que hablaba animadamente con el tendero. Le contaba que había visto al Rabí de Nazaret. Hablaba entusiasmada y describía la mansedumbre y el poder con que aquel hombre -un profeta tal vez- hacía y enseñaba, siempre al lado de los débiles, los enfermos y los pecadores.

María ya había oído hablar de Jesús, pues Nazaret no estaba lejos de allí. Y sabía que en ocasiones predicaba en las riberas del lago, en Cafarnaúm, a escasa distancia de Magdala.

De pronto, se sintió interesada por lo que contaba la mujer con tanta pasión y, venciendo sus recelos, le preguntó:

-¿Quién es ese Rabí?

-Es Jesús de Nazareth -respondió la mujer-, que hace milagros. He visto con mis ojos cómo curaba a un leproso en la orilla del lago. Sus palabras entran en él.

### Marta

Mientras tanto, en Betania...

Marta dirigía las tareas de la casa, seguía de cerca el trabajo en los campos, y lo mismo despachaba con visitantes y mercaderes, que ayudaba en la siega. Cuando alguien le decía que debería descansar, respondía: «Es que no soy capaz de estar sin hacer nada».

No recordaba apenas a su madre, que murió cuando ella era muy pequeña; sin embargo, no concebía su vida sin Lázaro, al que había cuidado y atendido desde que era una niña.

Recordaba el dolor que le produjo la huida de María, sobre todo por la

profunda tristeza que causó a su padre. La marcha de su hermana había supuesto, en cierto modo, un descanso para ella, pues durante los últimos años que María había pasado en Betania todo eran quejas, lamentos, críticas y amenazas. A Lázaro no quería ni verlo, como si no existiera. Había dejado de acudir a la sinagoga, y solo le preocupaba su imagen para encontrar un marido rico y marcharse lo antes posible de su aldea.

Más de una vez se enfadaron en serio las dos hermanas. Marta le echaba en cara su indolencia para las cosas de la familia, a pesar de ser la mayor, la que debería llevar las riendas de la casa. Y María le respondía que ya estaba harta de sus órdenes y correcciones, y que dejase ya de meterse en su vida.

Un día, María, muy alterada, le espetó con dureza que se podía quedar con la casa, con los campos y con los ganados, porque estaba decidida a irse de allí para no regresar.

Y así fue.

Recordaba el día en el que la vio irse en un carro grande, tirado por cuatro caballos, con un hombre de la corte.

Marta apenas era una adolescente, pero, con la entereza de una mujer madura, le prometió a su padre enfermo que no dejaría nunca a su hermano, y que trabajaría lo que hiciera falta para sacar adelante la familia y la casa. Desde entonces había trabajado muy duro. Ni siquiera se había planteado -ni había tenido tiempo para ello- buscar un marido.

La muerte de su padre fue un golpe para ella, pero no la arredró, más bien resultó un estímulo para seguir el camino de vida que se había trazado.

Arregló los asuntos legales necesarios para quedar como dueña y señora de la casa y las tierras. No era fácil que los jornaleros obedecieran a una mujer, ni que los comerciantes hicieran tratos con ella, pero, después de tantos años ayudando a su padre, todos tenían muy claro que Marta ganaba a todos en inteligencia y capacidad de mando.

No le importó siquiera que algunos envidiosos empezaran a llamar a su casa la casa de "Simón el leproso", en recuerdo de su padre, ciertamente, pero también para fastidiarla a ella.

Todas estas circunstancias, junto a su carácter decidido y su evidente capacidad de trabajo, le sirvieron para asentarse como cabeza de familia, ganarse el respeto de sus vecinos y parientes, y asegurar la

atención y los cuidados necesarios de Lázaro. Su hermano, a pesar de sus discapacidades y del inicial rechazo que provocó en los vecinos, era un joven que se había hecho querer, debido a su carácter siempre afable, a su bondad y a su actitud servicial.

Marta veía la mano de Yahvé en todo lo que había pasado. Recordaba a Esaú y a Jacob, y cómo había adquirido este la primogenitura. Recordaba la fidelidad de Ruth, y las hazañas de las heroínas de las que hablaba la Escritura. No se veía como una de ellas, pero su recuerdo le daba fuerzas para continuar trabajando y manteniendo el espíritu alegre que siempre le había caracterizado. Rezaba a Yahvé y acudía a la sinagoga; era generosa y atendía a los pobres que venían a su casa. Y, al mismo tiempo, era la señora de la casa ¡y se notaba! Realmente, sabía mandar, ¡y mandaba!

Una mañana, notó que Lázaro estaba especialmente sensible y algo lloroso.

-¿Qué te pasa, hermanito? -le preguntó.

-Jesús, mi amigo, no viene -balbuceó Lázaro-. No viene. Jesús, mi amigo, no viene.

-Hermanito -repuso Marta, mirándolo con pena y cariño-, no habrá podido venir a la fiesta de la Expiación. Pero quizá se acerque en la de los Tabernáculos. No llores. No te preocupes. Tendremos noticias tuyas.

Pero estas palabras no conseguían calmar los sollozos del pobre Lázaro, que movía su torso rítmicamente hacia adelante y hacia atrás, para manifestar su dolor y su queja.

Para tranquilizarlo, Marta, a quien también ilusionaba acoger de nuevo en su casa a Jesús, le dijo:

-Hermano, te prometo que hoy mismo enviaré un mensajero al Maestro para que venga a verte.

Lázaro se sorbió sus lágrimas y sonrió. Ardía en deseos de estar con su amigo Jesús.

-Gracias, Marta. Tú me quieres mucho, Marta. ¿Verdad?

-Sí, hermanito. Te quiero con todo mi corazón.

**María**

## Los hermanos de Betania, amigos de Jesús de Nazareth II

Publicado: Miércoles, 25 Agosto 2021 09:30  
Escrito por Antonio Hernández-Pablo Díaz de Espada

---

Los galileos querían oír las palabras de Jesús. Algunos no las comprendía bien, pero sentían la cercanía de Dios. Los escribas estaban pasmados al comprobar que la gente escuchaba con gusto la doctrina del nazareno, un hombre sin estudios, un carpintero de un pueblo del que no había salido nunca un profeta.

Un fariseo importante llamado Simón, cuya casa no estaba lejos de Magdala, envió un mensaje a Jesús. Cortésmente le rogaba que, aprovechando la cercanía, aceptase su invitación a almorzar con él y sus amigos.

La intención de Simón no era precisamente aprender del Rabí de Nazaret, sino prepararle una encerrona para ridiculizar sus enseñanzas, y ensalzar así su propia sabiduría ante conocidos y amigos.

-Dice que no le gustan nuestras abluciones y rituales -comentó a otro fariseo amigo, al que había invitado también al banquete-. Pues se quedará sin ellos. A ver qué dice.

-De todas formas, quizá no responda a tu invitación -respondió el otro-: no es tan tonto como para meterse en la boca del lobo.

-Lo mismo pienso yo. Si es profeta, sabrá que le he preparado una encerrona.

Pero, ante la sorpresa del propio Simón, Jesús respondió que acudiría a su casa. También Él tenía intenciones que Simón no conocía.

Mientras tanto, en la calle no se hablaba de otra cosa. Unos decían que Simón quería humillar al Maestro con su sabiduría, y otros se atrevían a conjeturar que Simón quería hacerse discípulo de Jesús.

La noticia llegó a oídos de María, que no dejaba de pensar en Él desde que había escuchado sus palabras sobre quiénes serían realmente felices. De hecho, desde aquella jornada, había rechazado todas las invitaciones y sus generosos regalos. Daba largos paseos para pensar con calma. Alguna vez sentía ganas de orar a Yahvé, pero le parecía que no era digna de hacerlo.

Entonces, se le ocurrió... ¡una locura! No habló a nadie de su idea, pero estaba totalmente decidida. El Rabí había conquistado su alma por completo. Pensaba que no era utópico ni imposible comenzar una nueva vida.

Por su parte, Jesús, cumpliendo la promesa que había hecho al enfermo de Betania, el padre de Marta, y a su querido Lázaro, había buscado a

María. Estaba seguro de que le habían llegado al corazón sus palabras sobre la felicidad, y rogaba a su Padre Dios que moviese el corazón de aquella mujer para que acudiera a la mansión del fariseo.

Cuando Jesús llegó a la casa de Simón, María estaba oculta en una esquina cercana y esperaba con temblor el momento oportuno para poner por obra su descabellada idea.

Los convidados, que ya habían llegado y esperaban la entrada de Jesús, le acogieron con un saludo formal, al igual que Simón, pero inmediatamente, a la vez que el anfitrión, se reclinaron en esteras para comer. De esta forma, Simón evitó darle el beso de la paz, pedirle a un siervo que lavara los pies al invitado, y darle perfume para ungir y refrescar su cabeza. Lo hizo como distraídamente, pero era parte de su plan para avergonzar al Rabí de Nazaret por las críticas que hacía a los fariseos.

Cualquier otro invitado se hubiera sentido desairado y hubiera abandonado la casa con gestos ostentosos. Jesús, con rostro sereno y sin perder la compostura, se reclinó como los demás para empezar la comida.

María -vestida con una larga túnica negra, y la cabeza cubierta con un velo- dejó pasar un rato antes de acercarse a la puerta de la casa de Simón, vigilada por criados que la conocían. Entró con tal determinación, que nadie se atrevió a impedirselo.

Se acercó nerviosa a la sala donde estaban los convidados, ante la conmoción general, pues los presentes sabían que aquella mujer era la de Magdala, la pecadora pública. Algunos pensaron que quizá aquello formaba parte del plan de Simón para ridiculizar a Jesús, y todos guardaron silencio.

María, nerviosa, se acercó al Maestro y se puso de rodillas. Miró a sus ojos, susurró un "perdón, Señor", y vio dibujarse en sus labios el amor y la misericordia. Entonces, se echó a llorar sin poder ni querer contener sus lágrimas. De entre los pliegues de su túnica, sacó un frasco de alabastro con perfume, que derramó sobre los pies del Señor, mezclado con sus lágrimas. Después intentó secarlos con sus cabellos, mientras los besaba una y otra vez, y seguía pidiendo perdón.

Simón, que no contaba con que se produjera una escena como aquella en su casa, conocía la mujer y se frotaba las manos regodeándose mientras pensaba:

«Si éste fuera profeta, sabría con certeza quién y qué clase de mujer es la que le toca: una vulgar pecadora».

Pero el Maestro, que leía en los corazones, dijo a Simón:

-Tengo que decirte una cosa.

-Maestro, dime -contestó.

-Un prestamista tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios y otro cincuenta. Como ellos no tenían con qué pagar, se lo perdonó a los dos ¿Cuál de ellos le amaré más?

Todo el mundo callaba, expectante. Los invitados empezaron a temer que algo iba mal, porque Jesús acababa de situarse por encima de Simón, al considerarse prestamista en la parábola-advinanza que acababa de proponer.

Simón dudó, y con cierta displicencia contestó:

-Supongo que aquel a quien perdonó más. Entonces Jesús le dijo:

-Has juzgado bien.

Se volvió hacia María y exclamó en voz bien alta:

-¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para los pies. Ella en cambio me ha bañado los pies con sus lágrimas y me los ha secado con sus cabellos.

María vio la mirada llena de bondad que Jesús le dirigía, a la vez que, dirigiéndose al fariseo, su tono de voz se iba haciendo más duro:

-No me has dado, como es costumbre, el beso de la paz como invitado tuyo; pero ella desde que entró no ha dejado de besar mis pies. No has ungido mi cabeza con aceite. Ella en cambio ha ungido mis pies con perfume. Por eso te digo, Simón, que le son perdonados sus muchos pecados, porque ha amado mucho.

Entonces el Maestro se dirigió a la mujer que, postrada, seguía llorando compungida, y sentenció:

-Tus pecados quedan perdonados. Al que poco se le perdona, poco ama.

Esa frase escandalizó a los presentes, que veían cómo su plan se había desbaratado y se decían entre sí: «¿Quién es éste que se atreve a perdonar los pecados?».

Jesús, con amor inmenso se dirigió de nuevo a María, la miró sin

reproches y añadió:

-Tu fe te ha salvado; vete en paz.

\*\*\*

Al atardecer de aquel día María se acercó al lugar donde se encontraban Jesús y sus discípulos. Y viendo al Maestro acompañado también por su madre, se postró ante Él y exclamó:

-¡Maestro, te seguiré a donde quiera que vayas! Respondió Jesús:

-Las raposas tienen sus guaridas y los pájaros del cielo sus nidos pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar su cabeza.

-No me importa, aunque tenga que dormir al raso -contestó María con ilusión renovada, viendo la Luz de nuevo después de tantos años.

-María -le dijo Jesús con una sonrisa-, se quién eres. Conozco a tu padre, Simón, a tu hermana Marta y a tu hermano Lázaro. Tu padre, en su lecho de muerte, me rogó por ti. Y ahora conviene que me acompañes hacia Jerusalén y regreses a Betania. Allí deberás permanecer un tiempo y reencontrarte con tus hermanos. Ya llegará el día en que puedas seguirme.

María miraba a Jesús con asombro, totalmente sorprendida de que la conociera a ella y a su familia. Y en ese momento, tuvo la certeza de que, en realidad, era Él quien le había buscado a ella para llevarle la paz, y que lo había hecho por amor a su padre, Simón, y a sus hermanos Marta y Lázaro.

-Es cierto, Señor. Me fui de mi casa y dejé a mi familia. Y estoy segura de que han sufrido mucho por mi culpa. Haré lo que dices. Volveré con ellos y les pediré perdón.

A los pocos días, la comitiva formada por el Maestro, sus más cercanos discípulos, su madre y algunas mujeres -María entre ellas- que le servían con su trabajo y sus bienes, abandonaron Galilea y dirigieron sus pasos hacia Jerusalén. Seguían la ruta más larga, pero más segura, que iba por la ribera del Jordán hasta Jericó. Jesús quería -como muchos israelitas- celebrar la Pascua en Jerusalén.

Jericó era un auténtico oasis en medio de un paisaje desértico en el que se encontraba el Mar Muerto. Desde allí hacia occidente, arrancaba un empinado camino a través del desierto, que conducía a los montes de Judea y a Jerusalén, la capital, coronada por el magnífico Templo de Salomón. La caminata era dura, y al pasar por las aldeas, la comitiva



procuraba encontrar -contando con la generosidad de las gentes- algún cobijo durante la noche.

María caminaba agotada, pero feliz. No perdía un gesto ni una palabra del Maestro. Su pobre corazón se iba ensanchando y purificando. Atrás habían quedado las sandalias plateadas, los pendientes, los abalorios y las túnicas adamascadas. Pensaba en su encuentro con Marta y con Lázaro. Se preguntaba cuál sería la reacción de sus hermanos después de su huida y de tantos años de ausencia. Zozobraba su corazón al imaginarse la habitación vacía de sus padres. Ella había oído de labios del Maestro la historia de un padre que tenía dos hijos, y uno de ellos huye y le ofende, y de algún modo se sentía identificada. Sí, ella había estado paciando cerdos y marchitando la flor de su juventud durante demasiado tiempo.

A medida que ganaban altura, el aire se hacía más fresco. Crecían los olivos y las vides. La Ciudad Santa ya estaba cerca.

Llegaron al último recodo del camino y contemplaron la belleza de Jerusalén. María estaba preocupada. Qué familiares le resultaban aquellos paisajes, aquellos huertos vecinos a su casa de Betania. Se dio cuenta de nuevo de que cometido un gran error y un gran pecado rechazando y abandonando a su familia. ¿Qué sería de Lázaro? ¿Se acordaría de ella? ¿Y Marta? ¿Conseguiría algún día su perdón? Le preocupaban también las habladurías de los habitantes de Betania, que sabrían de sus andanzas en Magdala.

Con estos pensamientos recurrentes, su andar se iba haciendo más lento. Y así estaba cuando notó que se ponía alguien a su lado. Era María, la madre de Jesús, que apoyó cariñosa la mano en su hombro mientras le decía con ternura:

-Te veo preocupada. Estate tranquila, todo va a ir bien. Tú piensa en Jesús y haz lo que Él te diga. Eres una mujer buena, y pronto te ganarás el afecto de todos.

María se sintió muy reconfortada y, como de un manotazo, se sacudió los miedos que le estaban atormentando.

Por fin llegaron a Betania. Ya les esperaban en la aldea. Se adelantó Jesús ligeramente con alguno de sus discípulos y llegaron a la casa de Marta, mientras su madre y María quedaban un poco rezagadas.

Marta y Lázaro salieron a la puerta. Vieron a Jesús, y, a poca distancia, a su madre con una mujer de rostro familiar, en el que se apreciaba el sufrimiento y la expectación. María, a la vista de sus hermanos bajó la cabeza.

-Es tu hermana -le dijo Jesús a Marta.

Marta había imaginado muchas veces este momento. No le resultó sencillo perdonar a su hermana, pero se lo había prometido a su padre y ya la había perdonado hacía tiempo.

En cuanto Jesús le dijo “es tu hermana”, fue corriendo hacia ella y la envolvió en un fuerte y largo abrazo. Las dos dejaron libres los sentimientos de su corazón, y sus besos se mezclaron con sus lágrimas.

Lázaro no sabía bien qué estaba pasando. Se acercó a Jesús, que contemplaba sonriente a las dos hermanas, lo abrazó y le preguntó quién era esa señora que había venido con él y que quería tanto a su hermana.

-Es tu hermana -le respondió Jesús-. Es María.

Lázaro se quedó con la boca abierta. María lo vio, se soltó de los brazos de Marta, fue corriendo hasta donde estaba su hermano y lo abrazó con el amor con que nunca había abrazado a nadie. ¡Qué más quería Lázaro! Se dejó abrazar por su hermana y la apretó a su vez con sus brazos fuertes.

Después Marta y Lázaro besaron afectuosamente a la madre de Jesús y saludaron con alegría a todos los demás que les acompañaban.

Enseguida varios criados acercaron jarras y jofainas, y empezaron a lavar los pies de los caminantes recién llegados.

María no paraba de llorar de alegría, y Lázaro su hermano se acercaba a ella de vez en cuando y la volvía a abrazar y a besar, mientras le decía: “Mi hermana María, mi hermana María”.

\*\*\*

María obedeció al Maestro y se quedó en Betania. En los días siguientes tuvo largas conversaciones con sus hermanos. Marta y Lázaro le contaron cómo habían conocido a Jesús; le hablaron de los últimos días de su pobre padre, consumido por la enfermedad, del amor que siempre había sentido por ella y del dolor por no poder despedirse de su hija primogénita. También la pusieron al corriente de la petición que Simón había hecho al Maestro, y de la situación de la casa en esos últimos meses.

María no quería recordar su pasado. Estaba muy contenta de haber vuelto a Betania, pero le costaba encontrarse cómoda en la vida de la casa. Marta actuaba con gran seguridad, con mucha capacidad de

organización, pero ella prefería quedarse en segundo plano.

Entendía que, de alguna manera, debía reparar la injusticia que había causado a su familia, pero no sabía cómo.

Pensaba mucho en Jesús. Pasaba largos ratos orando ensimismada. Paladeaba la palabra Maestro: quería aprender de verdad. Tenía que estar en Betania, ¡de acuerdo!, pero sentía impaciencia, la impaciencia que es fruto del amor por quien le había perdonado, el Hijo de Dios. Y ahora la palabra amor adquiría pleno sentido para ella. Significaba que se sabía querida inmensamente por Dios. Significaba corresponder a tanto amor con el suyo. Significaba entrega, servicio alegre y desinteresado.

No salía mucho de casa, y procuraba hacer lo mejor posible las tareas que Marta le encargaba. Con ella no tenía problema, pero los criados y vecinos no eran tan benevolentes, así que prefería pasar desapercibida.

Pasaba mucho tiempo con Lázaro, enseñándole, ayudándole en sus cosas y conversando con él. Y esa dedicación a su hermano necesitado le ayudaba a saborear mejor el amor que Dios le había hecho entrever.

Cuanto acabaron los días de fiesta en Jerusalén, el Rabí dio por concluida su predicación en la Ciudad Santa; pero, antes de regresar a Galilea, hizo noche en Betania con sus discípulos.

En la tertulia que improvisadamente formaron María, Marta y Lázaro con Jesús, su Madre y sus discípulos, hablaron de todo, de lo divino y lo humano. ¡Qué cerca se notaba la gloria de Dios! No cabía duda, para los hermanos de Betania, que aquel Jesús de Nazaret era el Mesías...

Cuando al amanecer la comitiva del Maestro se había ido, María tuvo que hacer, entre lágrimas, auténticos esfuerzos por quedarse en Betania. Pero estaba segura de que un día le seguiría para siempre.

El tiempo transcurría lento para María. La casa y la finca eran grandes, y había que ayudar a Marta a sacar rendimiento a lo heredado de su padre. Lo único que realmente le gustaba era el grato deber de cuidar y enseñar a Lázaro. No pocas veces María rezaba con su hermano. No solían acercarse al Templo, porque era una distancia demasiado larga para él, pero su mirada apuntaba muchas veces hacia Jerusalén.

Para María era un auténtico ejemplo ver cómo rezaba Lázaro. Aunque alguien pudiera dudar de la inteligencia de su hermano, nunca podría hacerlo de su amor. Lázaro entornaba los ojos y, a media voz, oraba con palabras algo torpes y con una fe gigante.

A oídos de María llegaban los relatos de peregrinos galileos que describían los prodigios y las hermosas palabras del Rabí de Nazaret. Su corazón ardía de amor

¿Cuándo volvería el Maestro a Jerusalén?

Algunos escribas y doctores de la Ley prevenían al pueblo contra Jesús. Como no podían negar las obras y las curaciones del nazareno, solo se atrevían a decir que aquello era obra de Belcebú, príncipe de los demonios. Pero eso se contradecía con los continuos gestos de amor de Jesús hacia los débiles, los niños, las viudas, los enfermos... y hacia todo aquel que se acercara con corazón sincero. Allí no podía estar demonio alguno.

En más de una ocasión, estando en estos pensamientos, sentada en el suelo de su cuarto o en el patio, Marta le había gritado desde la cocina: “Venga María, baja a la tierra y ven a echarme una mano”, y ella intentaba ayudar con diligencia, pero no podía dejar de pensar en su Maestro.

\*\*\*

Negros nubarrones se cernían sobre Jesús. En Jerusalén los fariseos criticaban abiertamente la actitud del Galileo. Envidiaban que la gente le siguiese y trataban de evitarlo. Doctrinalmente era irreprochable. Hasta los propios fariseos y letrados se daban cuenta de lo que suponía cumplir la Ley sin amor.

¿Quién podía negarlo? Pero era más que nada una cuestión de política. ¿Quién detentaba la autoridad sino el Sanedrín? ¿Quién conocía las normas y preceptos mejor que ellos y los escribas? No, no querían que un hombre de un pueblo perdido, de la lejana y poco ortodoxa Galilea, les cuestionara públicamente su autoridad.

En algún conciliábulo alguien se atrevió incluso a insinuar que habría que matar a Jesús...

Se acercaba la fiesta anual de la Expiación y todos se preguntaban en las callejuelas de la ciudad y los atrios del Templo: ¿Vendrá Jesús a Jerusalén?

¿Subirá Jesús a la fiesta?

Lo mismo se preguntaban en Betania, cuando llegó un mensajero anunciando a los tres hermanos que Jesús llegaría a los pocos días y quería alojarse en su casa.

No se puede describir la alegría con la que prepararon todo lo necesario, pensando en la comodidad y descanso del Maestro y sus discípulos. Rellenaron las tinajas con agua limpia. Compraron alimentos. Amasaron abundantes hogazas de pan. Sacaron de los almacenes higos secos y dátiles... Seleccionaron vinos y escogieron algunos corderos de los rebaños.

Finalmente, todavía en pleno trajín, el Maestro llegó a la casa. La alegría fue inmensa. Lo invitaron a descansar en la sala grande con sus discípulos. María fue corriendo a postrarse ante él: ¡Con cuánta ansia había esperado el reencuentro! El tiempo se le había hecho eterno. Se embebió en las palabras de Jesús.

Mientras tanto, el trabajo para acoger y alimentar a los recién llegados en aquella casa era enorme. Unos criados, bajo la directa supervisión de Marta, disponían platos y copas para la comida. Otros estaban atentos al asado de los corderos, porque asar unos corderos, según la costumbre judía, implicaba mucho trabajo. Había que degollarlos y desangrarlos para no caer en impureza. Había que desollarlos y untar la carne con aceites y hierbas. Se cocinaba lentamente en la hoguera cuidando que las brasas no bajaran...

Marta, caminando de un lado a otro con pasos ligeros y nerviosos, daba órdenes con la voz y con la mirada. María, en cambio, parecía no darse cuenta de lo mucho que había por hacer, y estaba allí, con la mirada fija en Jesús, escuchando atentamente las palabras de aquel que había sacado de su corazón los "siete demonios" de sus muchos pecados.

Marta, finalmente, perdió la paciencia, puso los brazos en jarras y, mirando a Jesús, estalló:

-Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola en las tareas de servir? Dile entonces que me ayude.

Jesús, tranquilo y con una sonrisa, le respondió:

-Marta, Marta, tú te preocupas y te inquietas por muchas cosas. Pero una sola cosa es necesaria: María ha escogido la mejor parte, que no le será arrebatada.

Nada más decir esto, Jesús, con un gesto, le dijo a María que fuese a echar una mano a su hermana. María se levantó enseguida y le dijo a Marta:

-Perdona, hermana. Dime qué quieres que haga.

Lázaro estaba también sentado a los pies de Jesús, junto con sus

## Los hermanos de Betania, amigos de Jesús de Nazareth II

Publicado: Miércoles, 25 Agosto 2021 09:30  
Escrito por Antonio Hernández-Pablo Díaz de Espada

---

discípulos. Sin decir nada, sonreía y disfrutaba. Aprovechando la interrupción, se levantó y fue abrazando a cada uno de los apóstoles, mientras les decía: “¡Amigo de Jesús, mi amigo!

\*\*\*

La predicación de Jesús en el Templo era intensa en esos días. El pueblo le entendía y le seguía. Los fariseos y los sacerdotes en cambio, cada vez le odiaban más. Jesús reprochaba sin tapujos la hipocresía de los fariseos, delante del pueblo sencillo.

Los príncipes de los sacerdotes, los miembros del Sanedrín y los escribas querían retorcer las palabras del Maestro. Incluso buscaron excusas para intentar apedrearle. No sabían muy bien qué hacer y sentían rabia al ver que el pueblo admiraba al Rabí de Galilea.

La tensión aumentaba y las amenazas a Jesús parecían cada vez más serias. Así que decidió marcharse de Judea con sus discípulos y se fue a Perea, territorio al este del Jordán, más allá de Jericó y del mar Muerto, para evitar problemas con aquellos judíos que le odiaban.

El Maestro se dedicaba sobre todo a formar a sus discípulos. Tenían largas conversaciones sobre el Reino de Dios. Por la torpeza intelectual de algunos de ellos, insistía en que el Reino que proclamaba no era un reino político. Para formar parte de él debían convertir sus corazones, y llevar una vida nueva. Les decía que convenía orar en todo momento. Les animaba a querer a todos, amigos y enemigos, para ser perfectos como el Padre celestial, que daba la lluvia a buenos y malos. Les invitaba a desprenderse de los bienes de este mundo para poner su corazón en el Cielo. No les permitía discutir sobre quién sería el primero en su Reino, advirtiéndoles que quien quisiera ser el primero debía ser el último y el servidor de todos, que el reino de Dios era de los niños, almas inocentes y puras; de los débiles; de aquellos que tenían carencias como Lázaro. Y siempre pedía a todos que se amaran unos a otros como él los amaba.

Los discípulos, sin embargo, no entendían muy bien aquello que decía sobre sí mismo: que iba a ser condenado por los sacerdotes y que moriría en una cruz, como los esclavos. Pero su modo de hablar era tan atractivo que, aunque no entendieran mucho, acataban sus palabras.

\*\*\*

Llevaba unos meses en Perea, cuando un día apareció un sirviente de la casa de Betania. Venía a caballo desde Judea, cansado y cubierto del polvo del camino. Estaba exhausto y su montura jadeaba con la boca llena de espuma. Apenas puso pie en tierra, se dirigió a Jesús con

ansiedad y con palabras entrecortadas por el cansancio del viaje:

-Señor, tu amigo Lázaro, aquel que amas, está enfermo. Me envían sus hermanas, para decirte que vayas a Judea y lo cures.

Dieron de beber y comer al hombre y al animal.

Los discípulos advirtieron a su Maestro que no era prudente volver a Judea, porque allí querían matarlo. Jesús se quedó pensativo unos momentos y dijo al fin:

-Pronto iré y lo curaré.

Sin embargo, la actitud del Maestro fue muy extraña. Comunicó a sus discípulos que, pese a la urgencia del aviso, permanecerían en aquel lugar otros dos días.

-Lázaro, nuestro amigo, duerme. Algún discípulo dijo entonces.

-Maestro, si duerme sanará.

-Lázaro ha muerto -dijo claramente Jesús-. Y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que conozcáis el poder de Dios. Vayamos a Judea.

Los discípulos conocían bien el amor de Jesús por Lázaro, y sabiendo el peligro que corría Jesús en Judea, dijeron:

-Vayamos y muramos con él.

Tenían corazón como dardos afilados, pero no duelen, te dan paz. Habla de perdón, de amor, de limpieza de corazón... Echa en cara la hipocresía de los fariseos que se dicen cumplidores de la Ley, acoge a los pecadores y alaba la fe sencilla del pueblo. Muchos ya se preguntan si será este hombre el Mesías que tanto hace que esperamos.

María se conmovía en su interior mientras hablaba la mujer. De su corazón iban surgiendo, imparables, sentimientos y deseos de un cambio que se le antojaba imposible. La imagen de ese Jesús al que no conocía se abría paso entre sus angustias, como una estrechísima vía de esperanza. Notó que se emocionaba, pero prefirió cortar con esa sensación, como tantas otras veces. Por eso respondió con sequedad a la mujer:

-Gracias. Si es tan interesante como dices, espero poder escucharlo algún día.

-Pues es fácil -contestó la mujer-. Dicen que hoy le esperan en una aldea cerca de aquí.

María se alejó con rapidez, aunque la posibilidad de ver al Maestro de Nazaret quedó flotando en su interior.

Pocos días después, se encontró a plena luz del día con un funcionario de Herodes, esporádico visitante de su casa. Con él mantenía un trato diferente al resto, pues notaba que siempre le trataba con una cortesía inusual. Por eso, en alguna ocasión le había abierto un poco su corazón.

No le vio llegar, pero oyó que alguien la llamaba por su nombre:

-¡María!

Ella se volvió, y en un primer momento dudó si detenerse, pero lo hizo porque percibió que el hombre no quería una cita, sino decirle algo.

-María -repitió-. Quiero hablar contigo.

Ella lo miró perpleja, desde la pequeña abertura que dejaba el velo a la altura de los ojos.

-¿Qué quieres? -preguntó secamente.

-Supongo que habrás oído hablar de Jesús de Nazaret. Me he enterado de que cuando acude a Jerusalén para las fiestas se aloja en Betania. Como sé que tú eres de allí, pensaba que te gustaría saberlo.

María escuchó, pero mantuvo su actitud distante y repuso:

-Sabes que no soy ya de ningún lado, y ya no tengo vínculo alguno con Judea...

-Te entiendo María, pero algo te conozco y pienso que vale la pena que escuches a ese Rabí de Nazaret. Sus palabras dan esperanza y me parece que a ti te vendrían bien... Solo quería decirte esto. Ya hablaremos en otra ocasión. Prefiero que no me vean contigo en la calle.

María quedó pensativa. Estaba acostumbrada a que nadie quisiera estar cerca de ella para no ser tachado de impuro. Pero ahora notaba en su interior que las palabras de aquel hombre podían ser una respuesta a los deseos que le embargaban desde hacía tiempo, y tomó la decisión de ir a escuchar a Jesús.

A los pocos días se enteró de que varios vecinos de Magdala iban a ver



al Rabí, que esa tarde hablaría públicamente cerca de Cafarnaúm, junto al lago.

Esta vez María no se lo pensó. Se vistió tapándose el rostro lo más posible y dirigió sus pasos hacia allí. Pronto empezó a ver gente y gente que llegaba, que se agolpaba y decían admirados y alegres:

-¡Es el Rabí!

Desde el lugar en el que ella estaba sentada, pudo ver a un hombre que caminaba con paso sereno, hasta llegar a la parte más alta de una loma. Era Jesús. Se quedó mirando fijamente su rostro, su mirada risueña, y en un breve instante, sus ojos se cruzaron. María se sintió como reconocida, pero no le dio importancia. En realidad, salvo sus ojos, su cara estaba oculta por un velo.

Puesto en pie, rodeado por sus discípulos, Jesús empezó a hablar en voz alta, clara y segura, mientras se iba silenciando el murmullo de la multitud:

-Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos.

La voz fuerte de Jesús se clavaba en el alma de María como una daga, al mismo tiempo que un pensamiento de desesperanza surgía de sus entrañas: "El reino de los cielos es algo impensable para mí. Para las mujeres como yo no hay más reino que el de la gehenna".

-Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados.

Sí, ella había llorado mucho. Aquel hombre ahora le prometía consuelo. Pero ella dudaba de que sus pecados pudieran tener perdón y alivio.

El Maestro continuaba su discurso ante el silencio expectante de la muchedumbre. María sentía una punzada en el alma: ¿Qué esperanza en sus palabras! Todo lo que había oído a otras personas acerca de la maravilla del Maestro era nada, comparado a lo que ahora en su presencia iba percibiendo.

-Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios.

"Los limpios de corazón. ¿Cómo podría yo limpiar mi corazón después de tanta podredumbre?". A María se le hizo un nudo en la garganta. No podía entender por qué le afectaban tanto las palabras del Maestro.

-Bienaventurados los pacíficos porque ellos serán llamados hijos de

Dios.

¿Paz? Lo que precisamente ardía en su alma era el desasosiego. María no se pudo contener, bajo su velo rompió a llorar. Sí, ella sí necesitaba paz. Ella necesitaba reconciliación. ¿Podría dársela aquel hombre? Muy en el fondo de su corazón ella quería ser llamada hija de Dios. Pero también sabía que tenía mucho que purgar y debía empezar a ordenar sus amores.

Sus lágrimas le impidieron oír el resto del discurso, pero noto cómo se abría paso en su alma una incipiente esperanza... Sí, tal vez aquel hombre pudiera ayudarle a enderezar sus pasos.

**Antonio Hernáez-Pablo Díaz de Espada**